



Amapola

por Ofelia Huamanchumo de la Cuba

Como la amapola, sola, sola. Con cuarenta años cumplidos camino sola en tacones altos por las calles de Múnich a las dos y pico de la madrugada, a comienzos de otoño, tras haber perdido el último tren que podía haberme llevado a casa después de varias inútiles piñas coladas con la tercera cita a ciegas de este mes, con la que no pasó nada. humedad total, no en mis bragas, sino en el aire de esta noche. Neblina otoñal extrema. Sé que camino al filo de la ciudad. A pesar del alcohol distingo todavía la señal que avisa que a 300 metros se inicia la autopista. Riesgosa neblina mortal para los autos que viajan por ahí. De pronto, nostalgia por los riesgos, los bordes y los extremos. Nostalgia por las húmedas calles limeñas desbordadas de mi lejana juventud, donde todo podía pasar: un taxi con un chofer asaltante dentro; otro taxi con un fanático religioso dentro; una combi vacía con dos violadores: un chofer y su cobrador; el hambre devoradora de un loco desnudo caminando en plena vía pública; la envidia de unas prostitutas callejeras mirándote feo porque la sana competencia tampoco es bienvenida; la soledad intensa rozándote después de acostarte con el cabrón de turno y botarte de ese hostel asqueroso tú misma a la calle.

Caminar sola en tacones altos por las calles de Múnich a mis cuarenta años y recordar la adolescente advertencia de papá: "¡Olvídate el reloj, pero no la brújula! A la



hora que sea que se acabe la diversión, regresas a casa". ¿Pero a qué casa tendría yo que volver ahora? Me quedé sin casa hace unos meses, en el momento en que Peter se fue y me dejó un *penthouse* enorme a todo lujo sin él adentro. Después de terminar una relación de diez años es difícil empezar otra. Sobre todo, si a tu galán se lo ha llevado una ensoñadora gaviota joven tan distinta al viejo búho pensante que tú eres; o mejor dicho, se lo llevó una santa paloma del Vaticano, porque la engatusadora resultó ser romana, o de por ahí. Con estas historias se pierde, pues, casa y autoestima, y se consigue, en cambio, amargos resabios.

No te pongas trágica ni nostálgica, me propuse la tarde en la que sentí que había llegado el final de mi vida junto a Peter. Muy poco después, ya sola y en necesidad sentimental, se me agudizó aún más el ingenio y me animé a pagar una cuota de quinientos euros para acceder al *pool* de doce solteros codiciados que ofrecía una agencia muniquense de emparejamientos. Porque "sola" en mi enorme *penthouse* no me iba a quedar. Los estantes repletos de libros de la biblioteca pública, donde todavía trabajo, no podían rellenar ningún vacío de absolutamente nada. Miente quien diga que puedes encontrar la felicidad en los libros. A más historias de amor, más desconsuelo sentía; y a más tragedias románticas, más identificación afloraba de mi alma. Había que ser pragmática y posmoderna, es decir, atenerse a los tiempos. Una agencia para encontrar pareja sería sin duda la solución.

Fue así como me inscribí en la agencia "Gemelos Corazones", para la que, desesperada yo, llegué a pagar hasta dos cuotas de quinientos euros, más varios aperolls, balleys, piñas coladas, mojitos, cocacolas con popcorn, películas en 3D, ballets, conciertos de cámara, cenas tailandesas, indias, paquistaníes, bávaras, mexicanas, hasta varios *all-you-can-eat* en el MacDonal'd's. Con todo ello, al ir llevando ya devoradas con hueso y pellejo dos docenas de solteros de billetera flaca y un tornillo suelto, decidí invertir en una cuota más, por tercera y última vez, aunque en otra agencia, pues en Alemania un refrán reza algo así como que "todas las buenas cosas de la vida se dan a la cuenta de tres".

La nueva agencia, "Académicos Enamorados", ofrecía el acceso a paquetes de tan solo tres candidatos y cobraba el doble: mil euros; aparte de que ponía como límite un mes para hacer uso de la oferta. Los requisitos para conseguir ser un número más en su banco de datos eran exigentes. No obstante, con mi diploma de bibliotecología y mi trabajo como curadora de la sección de manuscritos antiguos, no hubo mayor impedimento. Lo interesante de inscribirme ahí fue descubrir que nunca me había visto así a mí misma, habiendo toda mi vida sido eso: una académica; con lo cual después de enrolarme en esa agencia lo sería con convicción y, pronto incluso, una académica enamorada. Lo último que se pierde es la esperanza.

La primera oferta que recibí hacia el final del verano pasado prometía un hombre muy guapo, a juzgar por la foto, ingeniero físico de profesión, habitante de una amplia residencia de dos plantas, dueño de un perro raza doberman y lector apasionado de poesía japonesa contemporánea; que leía de preferencia *haikus*, ponía en su ficha de presentación. Para empezar concertamos un encuentro al atardecer en un restaurante japonés, como era de adivinarse. Yo conseguí un vestido de noche en satín rojo con unas flores bordadas que se asemejaban a lo que el cliché podría asignar



como flora oriental. La peculiar sorpresa que decoró nuestro debut la puso mi candidato, cuando se apareció a nuestra cita acompañado de una perra; mas no de cualquiera. Era una inocente y dulce perra doberman que al ponerse de pie su dueño, lo hacía ella también, en señal de saludo cortés. Guerra avisada no mata gente, maldije; lo ponía en su ficha y lo pasaste por alto, me reproché. Y no es que no me gustaran los perros, pero nunca había compartido mi vida con una mascota. Optimismo, me volví a alentar; esta sería la oportunidad de tu vida para ahondar en tus fallidas relaciones con los animales. Acabados los canapés, sushis y demás fauna marina que podía comerse cruda o envuelta en arroz pegoteado, decidimos trasladarnos del restaurante japonés a su terraza llena de bonsais, como él ofreció. Una vez ahí y siendo todavía verano, la plena oscuridad de la noche tardaba en llegar. Para hacer tiempo el ingeniero físico trajo una delicada encuadernación de hojas de papel seda que contenía *haikus* traducidos al alemán por él mismo, porque resulta que también él leía y escribía con cierto dominio las grafías orientales. No recuerdo ahora lo que siguió a esa escena en la que se puso a leer en voz alta, salvo que un espantoso y grave ronquido expelido de mi propio cuerpo me despertó de un susto, a lo que siguieron un par de ladridos de la doberman. Después de abrir los ojos, me había dado cuenta de que yo estaba tapada con una manta, y de que él y la doberman seguían al otro lado de la mesita, sobre la que había una botella de espumante dentro de una hielera y dos copas vacías. Noté que me sonrió tiernamente porque, no sé si con la luz de la luna en el cielo o la de las velitas encendidas, resaltaron sus dientes blancos, como un rayo, al igual que los colmillos de su perra. Se podría concluir en que la noche llegó a mi vida esa noche; porque pedí disculpas y un taxi, y me retiré soñolienta sin decir más.

A los pocos días recibí la segunda oferta de “Académicos Enamorados”, que llegó un sábado por la mañana con un ramo de orquídeas frescas y un sobre de color verde intenso que contenía una tarjetita con el mensaje: “Loving exotic women”. Se trataba de un arquitecto disléxico, que había construido su cabaña a orillas del lago Tegernsee, en cuyo jardín había una sauna. Con este candidato hubo varios encuentros que yo me atrevería a calificar como sosos o faltos de un no sé qué; hasta que en la quinta cita, dada en un lapso de solo dos semanas que teníamos paseando juntos por casi todos los parques de la ciudad, me invitó a probar la sauna de su jardín, de la que había que salir corriendo y saltar al lago, de agua tan helada como natural, para sentir un efecto exóticamente especial, me había asegurado él. Esta historia hubiera pasado a mayores, si no fuera porque supe disimular bien mis puntos débiles. En los lugares de esparcimiento públicos normalmente los bañistas son advertidos de las profundidades de las piscinas; pero estando en un jardín privado al pie de un lago ¿A quién se le ocurriría poner un cartel a la orilla que marcara “C.A. 2,00 M”? Así que yo, olvidando mi imposibilidad de flotar en el agua, haciéndole caso al muy Tarzán de ciudad, salí corriendo desnuda de la sauna y salté al lago de agua bien fría. Toqué el fondo y reboté entumecida hacia la superficie. De los nervios, —a decir verdad: más por la rabia de pensar que moriría ahogada en vez de enamorada— confesé a grito pelado: “¡Te juro que no sé nadar!”. Creo que mi arquitecto pensó que me hacía la mañosa y por eso me siguió la corriente, e hizo como que me salvaba y me sacaba a la



orilla para darme respiración boca a boca. La gracia de aquella tarde me costó una fiebre por la noche, ya en mi cama. Por una extraña razón no nos volvimos a buscar. Tal vez yo no había sido la sirena caribeña o el rosado delfín amazónico con los que él había soñado.

No me rendí e insistí en aventurarme con el tercer y último candidato de mi *budget* en “Académicos enamorados”. Esta vez se trataba de un hombre “de campo” –resaltaban en su ficha–, dueño de una exclusiva escuela de equitación que había heredado de una tía millonaria y que le ocupaba el tiempo libre que le dejaba su trabajo como ingeniero bioquímico en una renombrada empresa farmacéutica. Sí, sí, montar a caballo es lo tuyo, me alentaba yo a mí misma frente al espejo, mientras me iba maquillando antes de nuestro primer encuentro; y le agregaba: montar a caballo y lo que haya que montar. Sin embargo, en nuestra primera cita el ingeniero no me invitó a su cabaña en el campo, donde tenía los caballos, sino a su casa en las afueras de la ciudad. Normalmente él solía pasar la noche ahí —me lo había aclarado—, cuando quería salir temprano al día siguiente por la autopista vacía rumbo a su equino paraíso, a varios kilómetros de distancia de Múnich. Igual acepté complacida, aunque no llevé mudas, simplemente fui a lo que había sido invitada: a cenar.

Luego de una agradable y exquisita cena-vegetariana-preparada-por-él-mismo y varias piñas coladas, me preguntó si quería conocer a Bárbara. Me quedé fría. ¿Será que me salté el dato de que este hombre también tenía una mascota hembra, una gata, o algo por el estilo?, me reproché. “Ven”, me pidió parándose en la puerta de la habitación que daba al comedor donde estábamos. Abrió la puerta y noté que era un dormitorio. Él entró y encendió la luz. “¡Entra!”, me dijo. Entré. Él se acercó hasta la cama matrimonial y alzó una muñeca pequeña de porcelana que yacía en el medio, entre dos almohadas. “Te presento a Bárbara”, me habló emocionado. Los latidos de mi corazón se aceleraron abruptamente al ver los desgredados pelos de la muñeca y su vestido estrujado, que parecía que la habían arrastrado por un jardín abonado con guano. Los labios estaban pintados con colorete, pero más bien estaban embarrados y besuqueados con todo y lápiz labial. No me quedó más que sonreír entusiasta y comentar improvisando un marcado acento francés a la vez que guiñándole el ojo lo más sexy que pude: “¡Excelente compañía para completar un *ménage à trois!*”. Y es que en algún artículo sobre violencia de género había leído que los violadores y los psicópatas se excitaban más cuando una mostraba pavor, así que tenía que disimular mi pánico. “Ahora olvidémonos de las piñas coladas”, acoté con atrevimiento. “Sirve *champagne, s’il vous plaît*; esto hay que celebrarlo”, agregué poniéndole más voz de entusiasmada *mademoiselle* a lo que se me iba ocurriendo decir. En el instante en que mi jinete hermoso se dispuso a salir del dormitorio e ir en dirección a la cocina para complacer mi pedido, pensé en milésimas de segundos que, por mí, se podían quedar los psicópatas para el *festival de krimis* de Múnich. Así que salí tras él susurrándole por detrás de las orejas que trajera también zumo de naranjas frescas para combinar con el champán, y campari y hielos y yo qué sé, con tal de que se entretuviera por más tiempo. Exagerando más un tonto acento francés que sonara sexy le avisé: “Voy al *toilette*”, y me desvié hacia el baño de visitas, que quedaba junto a la puerta de entrada, para escapar. Decidida a huir cogí mi chaqueta y mi cartera, pero me pegué



tremendo susto al notar que la puerta de la calle estaba con siete llaves. ¿En qué momento nos encerró?, me cuestioné. Serenándome al oír el silbido del entusiasta lacero entretenido todavía en la cocina, volví al comedor para probar suerte por la puerta de vidrio que daba al jardín. Logré salir sin mayores impedimentos y atravesar varios metros de césped mojado, como perseguida por un toro de Pamplona. No recuerdo cómo salté el menudo cerco de arbusto podado que hacía frontera con la calle. Como nunca, corrí desbocada, en tacones altos y vestido *new collection* bien ajustados, en una mano la chaqueta al viento y en la otra la cartera, hasta la avenida que, mirada en un plano, marcaba el borde de la ciudad y tenía acceso a la autopista. Volví la cabeza hacia atrás, pero nadie me perseguía. Deceleré, sin dejar de respirar agitadamente. Al recibir de golpe la neblina nocturna en mis pulmones me entró también, de pronto, una nostalgia por mis siempre húmedas y juveniles noches limeñas, donde arriesgando, e incluso perdiendo, algo de experiencia se ganaba. Nostalgia por los riesgos, los bordes y los extremos, que eran lo mismo que ser mujer y vivir en lima, en aquel entonces.

Después continué a paso apurado hasta la estación de ferrocarril, pero a esas horas el último tren ya había partido. Entonces me eché a andar tratando de pensar en otro asunto; o sea, en cualquier otro nuevo propósito, que no, en nuevo galán. Barajé la posibilidad de retomar mis sesiones de yoga. Eso haría, me decidí. Y así seguí a pie, en tacones altos a mis cuarenta años, a comienzos de otoño, por las calles de Múnich, de madrugada pero rumbo a casa, tarareando ese tanguito flamenco que tanto me gustaba: "*Como la amapola... como la amapola, no tengo pa're ni ma're, yo vivo en el campo sola...*". Como la amapola, sola, sola.

MÚNICH, 2017.

Ofelia Huamanchumo de la Cuba (Lima, 1971) es hispanista y escritora. Estudió *Lingüística y Literaturas Hispánicas* en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Hacia finales de la década del 90 editó el boletín *Café con Letra* (nr.1-5) en su ciudad natal, antes de partir en viaje de estudios a Alemania, donde obtuvo los títulos de Mag. Art. (2003) y Dr. phil. (2011) en *Filología Románica, Literatura Comparada y Literatura Alemana* por la Ludwig-Maximilians-Universität de Múnich. Desde el extranjero siguió escribiendo para revistas de su país y, más tarde, en su sitio digital *Café con Letra*. Ha publicado dos estudios en su especialidad, así como participado en ediciones colectivas de proyectos de investigación de instituciones académicas y de congresos internacionales. Ha dado a conocer parte de su obra literaria y traducciones (del alemán) en revistas y antologías. Son suyos la novela *Por el Arte de los Quipus* (Lima: Vagón Azul Editores, 2013); los libros de relatos: *En un tiempo de mi ciudad* (Berlín, 2015); *El Gallo Nono* (Berlín, 2015); *Días de un viaje. Fotorrelatos de una limeña* (Berlín,



2015); *Bestiario Personal* (2017); los libros de poesía: *Viejas Palabras. Poesía Rescatada* (Berlín, 2015) y *Elixires de Exilio* (2016). Tiene en preparación el poemario *De mujeres hembra* y el libro de relatos *Nocturnas*. Vive en Múnich dedicada a la docencia, la investigación y la literatura.

ofelia.huamanchumo@googlemail.com